

# 1

## Tommi

La pequeña cosita que hay en el extremo de la llave del gato se desliza fuera de la tuerca y me aplasta el dedo contra el pavimento caliente. Una vez más. Resisto la tentación de meterme el palpitante dedo en la boca y me trago un exabrupto.

«¡No maldigas! ¡No maldigas!».

Estos días me comporto como un chucho bien entrenado; actúo de forma correcta, visto de forma correcta y hablo bien. Soy lo que las apariencias exigen. Tengo que serlo. Lance lo exige y yo lo necesito, así que sigo sus reglas.

Me paso el dorso de la mano por la frente húmeda y vuelvo a intentarlo.

«Solo una tuerca más, solo queda una».

Suspiro de alivio cuando cargo todo mi peso en el gato del coche y el obstinado tornillo cede. Lo desenrosco y retiro la llanta, que hago rodar para apoyarla en el guardabarros trasero del coche. Me sacudo el polvo de las uñas y compruebo que no se me ha roto ninguna —Dios me libre de servir las bebidas con las uñas hechas un desastre— antes de dirigirme al maletero para sacar la rueda de repuesto.

Después de luchar para retirarla del pequeño cubículo que se oculta debajo del falso suelo del maletero, la dejo caer sobre el asfalto, pensando cómo voy a colocarla. Y lo hubiera logrado si no fuera porque la de repuesto también está pinchada.

—¡Noooo! —gimo en voz alta.

«¡Oh, Dios! ¿Es que estás pitorreándote de mí?».

Me siento frenética cuando vuelvo a echar un vistazo de nuevo al reloj. A este ritmo, nunca tendré tiempo para cambiarme y llegar al hotel a tiempo. Pero si aparezco vestida así, jamás dejarán de echármelo en cara. Sé que no debo usar pantalones cortos y camisetas sin mangas, pero a veces no puedo resistir la tentación de ser yo misma. De la yo que acostumbraba a ser. De la yo que todavía soy, a pesar de lo demás.

—¿Por qué no aceptaste ayuda cuando te la ofrecieron, Tommi? —murmuro cerrando los ojos y alzando la cabeza al cielo.

Ser una rubia con problemas en medio de la carretera no siempre es malo. Por suerte, generalmente atrae a una gran cantidad de hombres más que dispuestos a convertirse en un héroe y salvar a una pobre damisela en apuros. En esta ocasión no ha sido diferente, solo que los he mantenido a distancia. Es decir, la mayoría resultaban espeluznantes y estoy aquí sola. No hubiera sido lo más inteligente. Así que aquí estoy. Sola. Sin héroe, impotente y frustrada.

—Todavía no es demasiado tarde, ¿sabes? —replica una voz agradable a mi espalda, en tono de diversión.

Sobresaltada, contengo un gritito y me doy la vuelta. Hay un hombre moreno y muy apuesto detrás de mí. Está tan cerca y es tan alto que doy un paso atrás. Eso hace que tropiece con la llanta de repuesto, pierda el equilibrio y casi me caiga dentro del maletero. Cualquier rastro de control personal se va por la consabida ventana cuando intento recuperar el equilibrio.

—¡Hostia puta, joder! —chillo, llevada por la sorpresa.

Dos manos grandes y fuertes se extienden hacia mis brazos desnudos para sostenerme y devolverme a la posición vertical, librándome de un humillante error. La electricidad que hace hormigear mi piel ante su contacto combinada con su risa ronca me provoca un escalofrío que sube por mis brazos. La atracción hace vibrar mis terminaciones nerviosas de forma similar a un terremoto.

—Una hermosa mujer que jura como un camionero. Justo mi tipo de chica.

«¡Oh, Dios mío! Menuda vergüenza». Pero me olvido con rapidez de la razón cuando le echo una buena ojeada a mi salvador.

Estoy cara a cara con el hombre más impresionante del mundo. Ojos castaños que brillan como dos diamantes de chocolate con los últimos rayos del sol poniente, largas pestañas negras que los enmarcan como plumas y una sonrisa que amenaza con derretirme al instante. ¡Santo Dios! Y tengo que mirar hacia arriba para verle la cara, lo que ya es mucho decir, porque midiendo uno setenta y cinco soy una chica alta.

—Perdón por la expresión. Me has asustado —tartamudeo, curvando los dedos alrededor de sus musculosos antebrazos antes de poder pensarlo mejor. Mantenemos aquel contacto durante varios ardientes segundos. Sé que debería soltarme, protestar, fingir indignación, hacer algo..., pero no puedo. A pesar de que suelo ser prudente, no quiero hacer nada porque no quiero que me suelte.

—No es necesario que te disculpes. Me encanta que las mujeres digan cosas sucias.

—No he dicho nada sucio —me defiendo con debilidad.

Arquea las cejas con curiosidad, y me doy cuenta de lo mal que suena.

—¿Hay más? ¿Palabras más sucias?

A pesar del sofocante calor, noto que me sube por las mejillas un caliente rubor. «¡Rubor!». Ni siquiera soy capaz de recordar la última vez que me sonrojé. He visto y hecho cosas a lo largo de mi vida que me han dejado insensibilizada hasta el punto de que habría jurado que nada me podía hacer sentir vergüenza. Y, sin embargo, aquí estoy, sonrojándome ante un perfecto desconocido (que está como un tren).

Respiro hondo de forma temblorosa y sonrío, quitándoles importancia a él y al peligro de mi situación... del que por fin soy plenamente consciente. Este tipo podría hacerme daño y yo estoy babeando ante su pecho. Su ancho, duro y musculoso pecho.

Cierro los ojos con fuerza.

«¡Dios! ¡Basta! ¡Deja de pensar en él!».

—¿Estás bien? —se interesa aquel perfecto desconocido que está como un tren. Cualquier rastro de alegría ha desaparecido de su voz.

«Evita mirarlo a los ojos».

Bajo la vista y clavo la mirada en mi camiseta sucia al tiempo que me enderezo para pasar entre su impresionante cuerpo y el maletero abierto.

—Estoy bien. Solo... mmm... que hace mucho calor y... er... estoy cambiando el neumático. Solo tengo calor. Y estoy cansada. Y...

Doblo la esquina del coche, pensando que me separan solo unos pasos del bolso y el móvil.

Miro cómo el perfecto desconocido que está como un tren da un golpe a la rueda con la punta de la bota.

—Espero que esta sea la que acabas de quitar.

«¡Oh, mierda! ¿Cómo puedo haberme olvidado de mi pequeño problema? ¡Tengo dos ruedas pinchadas!».

Estoy tan desinflada como las cámaras de mis neumáticos mientras lo veo acercarse a la llanta que acabo de quitar, y comprobar el estado de la goma.

—Por cierto, me llamo Sig —me dice de forma casual. Luego cruza los brazos sobre el pecho y estudia la situación, pensativo—. Y me da la impresión de que vas a necesitar una grúa.

Una grúa. ¡Sí! Corro hacia el asiento del conductor y me inclino para alcanzar mi móvil, muy consciente de lo cortos que son mis pantalones y de la forma que se suben más arriba de mis piernas cuando me estiro. Me apresuro a incorporarme blandiendo el iPhone como si fuera un arma.

—¡Sí! Necesito una grúa. Voy a llamarla ahora mismo —le comunico, tratando de ignorar la cálida mirada en sus ojos, que sube de forma descarada por mis piernas.

Comienzo a buscar una compañía de grúas, pero lo cierto es que solo miro fijamente la pantalla en blanco, sabiendo que mi

dilema es mucho peor de lo que había asumido. Si se llevan mi coche, necesitaré otro medio de transporte para ir a la ciudad, lo que significa que voy a tener que perder más tiempo esperando un taxi. Y todavía tendré que cambiarme de ropa para poder servir las bebidas, lo que hará que todavía llegue más tarde, pero al menos iré vestida de forma apropiada. De cualquier manera, ya la he cagado. Llegaré tarde y sin coche. Y Lance se pondrá furioso.

Unos dedos largos y bronceados cubren los míos y me obligan a detenerme. Sig se inclina hasta que su cara queda a la altura de mi línea de visión.

—¿Necesitas ayuda? Porque solo me he detenido a ayudarte. Nada más.

Su mirada es seria, pero hay cierto brillo en sus ojos, como si supiera lo que estoy pensando, que sospecho de él. Por alguna razón, de repente me siento ridícula. Algo me dice que está siendo sincero, que está aquí para echarme una mano, no para hacerme daño. Y cuando alzo la vista hasta su cara, hago algo impensable.

Estoy de acuerdo.

—En realidad, sí necesito un poco de ayuda.

—Sí, eso he imaginado. ¿Qué puedo hacer? ¿Llevarte a algún sitio? ¿Esperar contigo mientras llega la grúa? —Una breve pausa seguida de una larga y maliciosa sonrisa—. ¿Ofrecerte un hombro fuerte y atractivo en el que llorar?

No puedo reprimir una sonrisa.

—Y yo que pensaba que los caballeros ya no existían.

—Pues aquí tienes uno vivito y coleando, cariño —declara con un guiño. Entre eso y la forma en que dicen «cariño» los sueños, luchó para reprimir un intenso temblor—. Dime, ¿adónde tienes que ir?

Echo un vistazo a la brillante *pickup* negra que hay aparcada detrás de mi vehículo. Debo de haber estado más angustiada de lo que pensaba si no la he oído llegar.

—¿Estás seguro de que no te importa? Tengo que ir a un sitio, pero antes debo hacer una parada muy rápida en otro lugar. ¿Es posible?

—Mientras sea de verdad muy rápida... —bromea.

—Será tan rápida que no te dará tiempo a girar la cabeza.

—La cabeza ya me da vueltas —asegura con una sonrisa que hace que sienta mariposas en el estómago—. Pero no tengo prisa. Tómame todo el tiempo que necesites —ofrece con una mirada apreciativa que me dice que se siente más que feliz de pasar más tiempo conmigo, algo que provoca que me vuelva a ruborizar. ¿Qué demonios me está haciendo este tipo?

Abro la puerta del coche y me siento detrás del volante para asegurarme de que todas las ventanillas están subidas antes de recoger el bolso y cerrar el coche. Cuando regreso, el perfecto desconocido que está como un tren (también conocido como Sig) ha vuelto a guardar la rueda de repuesto pinchada en su lugar y está colocando la llanta.

Miro sus brazos y hombros a través de la fina tela de la camisa mientras maneja con habilidad el gato. Si duda es un hombre grande. Tiene la espalda muy ancha, aunque se estrecha formando una V hasta una cintura esbelta y unas caderas estrechas. Mientras observo la forma en que se inclina, con el trasero apoyado en los talones, noto que la camiseta se ha subido lo suficiente como para dejar al descubierto la suave piel de la base de la columna. No veo la hucha, pero tampoco su ropa interior, lo que me hace preguntar si llevará alguna.

«¡Santo Dios, qué calor hace!».

Aparto los ojos como si no fuera capaz de seguir mirándolo mientras pienso esas cosas. No es bueno para mí coquetear con otro hombre. Si alguien se lo dijera a Lance...

Esta vez, cuando me estremezco, no es de forma agradable.

Sig se incorpora y me mira con una mueca mientras se frota las manos en los pantalones.

—Listo. —Se sacude las palmas—. ¿Has cerrado ya?

Asiento con la cabeza, tratando de no sentirme afectada por su carisma, pero ¡la leche!, es muy difícil.

—En ese caso, su carruaje la espera —me dice, extendiendo un brazo por delante de mí—. O, en este caso, una *pickup*, porque

es el único vehículo lo suficientemente grande para alguien como yo.

—¿Cuánto mides? —pregunto mientras me abre la puerta del copiloto.

—Casi dos metros.

—¡Guay! ¡Dos metros! —repito impresionada.

—Sí. Dos metros impresionantes.

—Y modestos.

—Sí, eso también —conviene con una media sonrisa, cerrando la puerta.

Miro cómo mi héroe rodea la parte delantera de la *pickup* para dirigirse al lado del conductor, y un suspiro agita mi pecho. Por mucho que no quiera, estoy encantada. Hasta de las mariposas en el estómago y la debilidad que hace que me tiemblen las rodillas. Agradezco no volver a ver de nuevo a este perfecto desconocido que está como un tren. Porque estoy muy segura de que sería un desastre.

## 2

### Sig

—Entonces, ¿te llamas Tommi? —comento mientras me pongo en marcha.

—Sí.

«¡Joder, resulta muy sexy!». ¿Una mujer preciosa y muy femenina con un nombre masculino? ¡Dios Todopoderoso!

—¿Es la abreviatura de algún nombre?

—No. Solo es así, Tommi.

Tommi, la de los rizos rubios. Tommi, la de los ojos verde esmeralda. Tommi, la del culo tan perfecto que me hormiguean los dedos por las ganas de agarrarlo, amarlo y apretarlo.

—¿A dónde vamos, solo-Tommi?

Me da la dirección de una tienda de ropa femenina situada en una de las zonas elegantes de la ciudad. No me sorprende demasiado, teniendo en cuenta que conduce un Maserati de color rojo manzana.

A pesar de la curiosidad que siento, no hago preguntas sobre su destino. No quiero hacerla sentir más incómoda.

Sé que la pongo nerviosa. No sé si piensa que podría intentar hacerle daño o ligar con ella, pero no está cómoda ante la atracción que hay entre nosotros; sé demasiado bien lo que se siente. ¡Joder! Casi puedo saborearlo por lo intenso que es.

Me gusta un poco saber que la hago sentir incómoda. Me gusta ver cómo se retuerce. Es interesante la forma en que evita

en lo posible cualquier contacto visual, cómo se mordisquea el labio inferior antes de responderme. Quiere alejarse lo más rápido que pueda, pero quizá solo sea porque cree que es lo mejor y no necesariamente lo que quiere. Tengo la extraña sensación de que quiere coquetear de nuevo..., solo que no lo hará.

O podría ser que en realidad soy el ególatra que piensa que soy y todo esto solo está en mi cabeza.

Aunque no lo creo.

No estoy seguro de por qué siente que tiene que actuar de una determinada forma conmigo. A menos que sea así con todo el mundo, lo que me haría sentir todavía más curiosidad por ella. Llevo solo diez minutos con ella y ya la encuentro fascinante. Sí, esto va a ser muy interesante.

—Dime, Tommi, ¿qué es lo que te hace tilín?

Eso hace que me mire fijamente. Si no estuviera conduciendo, sostendría su mirada hasta que se volviera masilla en mis manos.

—¿A qué te refieres?

Me encojo de hombros.

—No sé... ¿Qué te gusta? ¿Qué odias? ¿Qué haces cuando te levantas por la mañana? ¿Qué temes más que a nada en el mundo?

En su cabeza, tiene una respuesta inmediata a cada una de mis preguntas. Aunque yo no sé cuál es. Asoman a sus ojos antes de que pueda apartar la mirada. Sé que, por supuesto, no va a compartirlo conmigo. Ni siquiera estoy seguro de lo que espero de ella. Solo quería preguntar..., no sé por qué. Quizá por saber cómo reaccionaría.

—¿Siempre eres tan entrometido? —me pregunta de forma casual, con la mirada fija en el frente, estudiando el paisaje que recorremos a través del parabrisas.

—Siempre.

Veo que contrae las comisuras de los labios.

—Por lo menos eres sincero.

—Es uno de mis defectos.

En lugar de bromear conmigo, Tommi agarra el móvil.

—Creo que voy a llamar a la grúa —me dice, sosteniéndolo para que lo vea.

Permanezco en silencio mientras busca el número y también mientras habla con alguien al otro lado de la línea.

Llegamos a la *boutique* de lujo con demasiada rapidez. Y no he acelerado. De hecho, apenas he rozado el límite de velocidad.

Una vez dentro del aparcamiento, cuando ya he encontrado un sitio, me vuelvo hacia Tommi. Está preparada para bajarse y correr, o eso parece. Tiene la mano en la manija de la puerta y los ojos muy abiertos.

—Vuelvo en unos minutos. ¿Estás seguro de que no te importa esperar?

—Segurísimo.

—Algunos hombres actúan como si esperar doliera —comenta.

—No me importa esperar.

Percibo un brillo en sus ojos.

—¿Incluso aunque duela?

Me río.

—Especialmente si duele.

—Vale. Gracias. De verdad —ofrece con una dulce sonrisa.

Me dan ganas de besarla... Entre otras cosas.

—No hay problema.

Me relajo en mi asiento mientras baja y cierra la puerta. No puedo apartar la vista de los músculos de sus largas y torneadas piernas mientras se aleja, cómo sus redondas nalgas se mueven dentro del tejido de los pantalones cortos a cada paso que da. Es tan alta y tiene las piernas tan largas que mi pene palpita solo de pensar en tenerlas rodeándome, su cuerpo cálido y mojado presionado con fuerza contra el mío. «Joder!».

Estoy escuchando la radio, disfrutando de la brisa que entra por la ventana abierta, cuando aparece por la puerta lateral de la tienda. Estoy bastante seguro de que mi barbilla roza el suelo en el instante en que la veo.

Su cabello está sujeto en un descuidado moño rubio en la parte superior de su cabeza, con algunos mechones sueltos alre-

dedor de la cara y rozando los hombros. Está vestida con un ceñido vestido rojo que abraza cada una de sus curvas. Tiene una abertura lateral hasta casi la cintura que muestra sus piernas de infarto. Revela lo suficiente de su bronceada piel para hacer babear a cualquier hombre. Como estoy haciendo yo ahora mismo.

Prácticamente jadeando, la observo mientras se acerca con pasos cortos a la puerta del copiloto. Cuando la abre me llega una bocanada del delicioso aroma que emana, inundando la cabina de la *pickup*. Sexy y provocador, pero suave al mismo tiempo. Todo lo que ella está tratando de no ser conmigo. Pero lo es, da igual que lo intente o no.

Veo que frunce el ceño mientras mira el escalón para subir al vehículo. Recoge el dobladillo del vestido y lo sube unos centímetros al tiempo que se agarra al interior de la puerta. Trata de encontrar la manera de entrar en el coche sin desgarrar la prenda, sin mostrarse poco femenina y sin enseñar demasiado. Qué contradictoria resulta.

Su dilema me impulsa a la acción.

—Espera —le digo, saliendo de la *pickup* para rodearla hasta donde está ella. Se vuelve hacia mí cuando me acerco a su espalda. Cuando la miro más de cerca, me doy cuenta de que la deseo. Bueno, eso ya lo sabía, pero ahora sé exactamente cuánto la deseo. ¡La hostia!

Ella me mira, tímida, atractiva... Sus ojos... ¡Dios! Son pecaminosos e inocentes a la vez, como dos exóticas esmeraldas enmarcadas por espesas pestañas negras. Sabe lo que estoy pensando porque mira a lo lejos al tiempo que se mordisquea los labios otra vez, y que ahora están pintados de un intenso color rubí oscuro y se muestran húmedos..., brillantes... Como si hubiera estado lamiéndoselos.

Como si ella pudiera sentir mi mirada en ellos, asoma la lengua por una de sus comisuras y tengo que reprimir un gemido.

—¿Necesitas ayuda? —pregunto por segunda vez en el día.

Ella me mira de reojo y se ríe, un sonido profundo y gutural que me hace imaginarla bailando bajo la lluvia. Desnuda y libre.

—Esto comienza a ser un hábito.

—No todos los hábitos son malos.

—No, pero algunos son peligrosos —murmura con una voz ronca y vibrante que hace palpar mis pelotas.

—No hay nada malo en jugar con el peligro de vez en cuando.

Su sonrisa se vuelve triste, aunque no dice nada. Al cabo de unos segundos me acerco un paso a ella. Tommi no retrocede, pero al ver cómo separa los labios pienso en lo que ella cree que estoy a punto de hacer. ¿Besarla?

Poco a poco, me inclino y rodeo su pequeña cintura con los dedos.

—Apoya las manos en mis hombros —le ordeno.

Con una bolsa en una mano —donde supongo que lleva la ropa que traía puesta— y un bolso de esos enanos en la otra, se apoya en mí, y la izo hasta el asiento del copiloto de forma que pueda deslizarse hacia atrás y girar las piernas. Nos miramos con una especie de expectación; no estoy seguro de qué quiere que haga, pero estoy segurísimo de que sabe lo que quiero hacer. Antes de que lo lleve a la práctica, cierro la puerta y respiro hondo.

No estoy acostumbrado a reprimir ese tipo de impulsos, y no sé por qué lo hago con esta chica. Quizá porque parece envuelta en un halo que me hace pensar que necesita que la rescaten de algo más que de haberse quedado colgada en la carretera.

Me pongo detrás del volante y enciendo el motor. Mientras cambio la marcha, el pálido cabello de Tommi entra en mi visión periférica y me vuelvo para mirarla. Su pierna queda expuesta hasta la parte superior del muslo y se ha inclinado para ajustar la correa de un brillante zapato plateado. Cuando se endereza, me pilla observándola.

—Los hombres tendríais que dar gracias de no tener que usar zapatos como estos —asegura.

—Mejor. Jamás podríamos hacerles justicia de esa manera —respondo con una sonrisa de medio lado.

—Oh, no sé... Apuesto lo que sea a que tienes unas buenas piernas —dice, mirando la parte inferior de mi cuerpo antes de alzar la vista con rapidez, como avergonzada de hacer ese tipo

de comentario. Pero lo ha hecho, lo que significa que tenía razón. No soy yo quien la pone nerviosa. Es esta maldita atracción que crepita entre los dos.

—Ganarías la apuesta. Y si quieres verlas, solo tienes que decirlo.

Sonríe de nuevo sin decir nada mientras juguetea con el cierre de su bolso, evitando de nuevo el contacto visual.

—¿A dónde vamos?

—Al hotel Magnifique.

—Perfecto —respondo. Estoy familiarizado con ese lugar y esta mujer lo está, sin duda, con las cosas buenas de la vida.

Recorremos la corta distancia en silencio. Casi puedo sentir su tensión cada vez que mira el reloj. Cuando accedo al aparcamiento cubierto que hay delante del hotel, Tommi me vuelve a mirar de nuevo.

—Muchas gracias por tu ayuda. No sé lo que habría hecho sin ti.

—Ha sido un placer —confieso con sinceridad.

El mozo le abre la puerta y está a punto de salir cuando le agarro la muñeca.

—Espera. No te olvides de tus cosas —adviento, señalando la bolsa que hay en el suelo.

—¡Oh! Gracias. —No parece nada agradecida. De hecho, parece tener problemas, como si le recordara que cogiera una bomba antes de marcharse. Por fin, con la bolsa en la mano, me brinda otra sonrisa y baja al suelo—. Gracias de nuevo, Sig.

Hago un gesto de asentimiento con la cabeza y la sigo con la vista mientras se dirige con gracia hacia la entrada. Justo antes de atravesar la puerta, la veo desviarse a un lado y dejar caer sus cosas en un cubo de basura.

¿Por qué demonios ha hecho eso?

Después de que desaparezca en el interior, cuando ya estoy alejándome, me siento más decidido que nunca a encontrarme de nuevo con Tommi. Quiero ver sus ojos cuando la bese por primera vez.

### 3

#### Tommi

Fuerzo una sonrisa mientras sigo a la camarera hasta la mesa donde me espera Lance. Tengo una opresión en el pecho. Siento que unos atractivos ojos color chocolate han marcado todo mi cuerpo, como si fuera obvio para todos los que me rodean que acabo de pasar la última hora con alguien que me atrae de una manera brutal. Me recrimino a mí misma por pensar algo tan ridículo y respiro hondo para calmarme.

—Por fin —dice Lance cuando me acerco. Sus ojos azul acero no presagian nada bueno. Su mirada es más fría de lo habitual. No está contento, es evidente—. Comenzaba a pensar que no ibas a aparecer.

Como si se me fuera a ocurrir tal cosa. No soy estúpida.

—He tenido un percance con el coche de camino. —No puedo decir dónde he estado realmente.

Arquea una ceja.

—¿Qué percance puedes tener con un coche nuevo?

—Se me ha pinchado una rueda.

—¿Por qué no me has llamado?

Cuando ya estoy sentada, permito que empuje mi silla y espero a que tome asiento antes de responder. La pausa me da tiempo a serenarme. Es importante que mantenga la calma cuando no digo la verdad. Lo he aprendido por necesidad, de la misma forma que he aprendido a mentir. Por suerte, me he convertido en una men-

tirosa consumada. Puedo lograr que una absoluta invención no solo parezca plausible, sino cierta. La mentira se ha hecho tan útil y esencial para mí como el aire, el agua o el sueño. Y estoy tan orgullosa de ello como del resto de mi sórdida historia, es decir, nada.

—No necesitaba ayuda. He cambiado más de un neumático en mi vida. Por desgracia, la de repuesto estaba inservible. Por eso he llegado tarde.

Suspiro cuando se inclina hacia mí, avieso como una serpiente, y me rodea la muñeca con los dedos. Lo primero que pienso es que sabe que miento. Lo segundo, que no lo puede saber. Lo tercero es que debo mantener la calma.

Lo miro con tranquilidad, sin que mi sonrisa vacile, y espero a que hable. Si me recreo en torpes excusas y recargadas elaboraciones, solo pareceré culpable.

—Mi novia no tiene por qué ensuciarse las manos a un lado de la carretera para cambiar una rueda pinchada. Deberías haber llamado.

—En el momento en que me he dado cuenta de que la rueda de repuesto también estaba mal, hubiera supuesto una gran molestia para ti venir a echarme una mano, y era mucho más práctico llamar a una grúa. Así que eso ha sido lo que he hecho.

Que parezca que él y su comodidad son prioridades para mí es de gran ayuda en este caso. Cualquier cosa que haga crecer el ego de Lance Tonin es una herramienta útil para mí.

Su ceño casi desaparece.

—Tengo que designar a alguien para que esté pendiente de ti todo el tiempo.

Se me encoge el estómago. Lo último que quiero en el mundo es que alguien me vigile las veinticuatro horas del día e informe a Lance de cada uno de mis movimientos, palabras y cambios de vestuario.

—No es necesario. Esto ha sido una circunstancia muy inusual. No necesito que alguien deje de atender cuestiones importantes para que esté cerca en caso de que surja la remota posibilidad de que llegue a necesitar algo.

—Tú eres lo más importante para mí, nena. Eres mi cuestión más importante. —Sonríó cuando me besa los nudillos—. ¿Ese vestido es nuevo?

—Sí, lo es. Sé lo mucho que te gusta el rojo. —Lance es el tipo de hombre que quiere que gaste su dinero, siempre y cuando mi apariencia se ajuste a la forma en que él piensa que debo vestirme. Se pone furioso si me pilla utilizando lo que él llama «ropa de barrio», algo que le recuerda las actividades de su madre. Piensa que todas las mujeres que usan vaqueros gastados, pantalones cortos o ropa más informal son unas fulanas, por lo que espera que me vista como las que salían en la televisión cuando era un niño que trataba de ignorar los sonidos que hacía su madre en la habitación contigua. Piensa que así logramos aparentar que tenemos clase.

No puede estar más alejado de la realidad.

En ese momento llega una camarera a tomar nota de lo que queremos, poniendo fin a aquella desconcertante conversación.

## 4

### Sig

Casi me caigo redondo cuando por fin veo a Tommi, y lo más impactante es que sé con quién está sentada.

¡La hostia! Se trata de Lance Tonin. Traficante de drogas. Convicto. Escoria de la más baja.

«Tiene que ser una broma».

¿Por qué coño una mujer como Tommi perdería el tiempo con un tipo como Tonin? Es un capullo total y comentan que malo como una víbora. Es lo peor de lo peor. Utiliza a jovencitas sin hogar como prostitutas y a chicos desfavorecidos para realizar los trabajos sucios. Encontramos a dos de sus víctimas hace algún tiempo; gente sin valor. A uno le habían pillado con un alijo de coca y otro con *crack*. Lance se dedica principalmente a la coca, pero coquetea también con otras alternativas.

Los dos muchachos eran muy leales. No soltaron prenda. Ambos se habían graduado hacía poco en secundaria y estaban en la misma clase que el hijo de uno de los lugartenientes de Tonin. Así fue como hicimos la conexión. En el reformatorio los dos terminaron muertos. Uno por una sobredosis de pastillas; el otro se ahorcó. No sabemos cómo convence a estos chicos ni cómo consigue que cooperen con él, pero lo hacen. Aun así, el problema no es saber que Tonin está involucrado ni cómo, sino demostrarlo.

Pero, de todas formas, no eran importantes en su organización. Para llegar a Lance Tonin, tendríamos que pillarlo con el

gran alijo. Necesitamos una gran cantidad para asegurarnos de que los cargos son firmes y conseguir que lo encierren durante mucho, mucho tiempo.

Jugueteo con el móvil que Tommi se ha dejado en la *pickup*. Era tanta su prisa por escapar de mí que debió de caérsele. Ahora sé por qué parecía tan nerviosa y por qué tenía tanta prisa. Y por qué no quería que la vieran conmigo.

Cuando vi el móvil en el suelo, me acerqué con intención de encontrarla para devolvérselo, pero ahora que veo quién la acompaña, no estoy tan seguro de que sea el mejor camino a seguir. Quizá esto sea una oportunidad.

El departamento de policía lleva cuatro años detrás de Lance Tonin, pero nadie ha logrado acercarse lo suficiente como para conseguir información sobre cómo están planificadas sus operaciones. Me pregunto si alguien ha considerado la opción de infiltrarse. A través de una hermosa rubia.

Siento una oleada de culpa al pensar en utilizar a Tommi de esa manera. Es una putada, lo sé. Pero... es que está saliendo con un criminal conocido. Tiene que saber que eso la pone en el punto de mira, en la zona de peligro. En ese caso, todas las apuestas están hechas.

Al igual que mis hermanos, quiero convertirme en detective, pero yo quiero ser de la secreta, infiltrarme. Sin embargo, es algo que lleva tiempo. Todo el mundo tiene que aprender antes. La cosa es que si puedo acercarme a un tipo como Tonin, casi es una obligación que me dejen intentarlo. Valdría la pena.

Me meto el móvil en el bolsillo, me doy la vuelta y regreso por donde he venido. Tengo que madurar la idea. Quizá incluso hablar mañana con mi superior. En este momento, me parece una oportunidad increíble.